

De la desobediencia a la obediencia

Gn. 2:16-17 *“Y mandó Jehová Dios al hombre, diciendo: De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás”.*

La orden fue expresa, con advertencia de muerte, pero el hombre le dio poca importancia y no cumplió la misma. Se dejó engañar por el enemigo de las almas, y cedió ante la tentación. Dicha desobediencia trajo castigo para todos los personajes en vueltos en la hazaña, más también trajo promesa de restauración para la humanidad. (Gn 3:15) *“Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar”.*

Fueron desastrosas las consecuencias de la desobediencia de Adán allí en Edén. A partir del capítulo 4 del libro de Génesis vemos como la sociedad va corrompiéndose cada vez más. Llegó el momento que la maldad de los hombres era tanta, que Jehová decidió exterminar todo ser viviente de sobre la faz de la tierra. Sin embargo habló a Noé para que preparara un arca donde se salvaría todo aquel que creyera a su aviso de que vendría un diluvio sobre la tierra, la verdad es que nadie le creyó. Al arca entró Noé, su esposa, sus tres hijos y sus tres nueras; y todos los animales. Es posible que aún sus propios hijos lo tildaran de loco, y solo entraron al arca para complacerlo. Sin embargo, luego vieron y creyeron realmente lo que Dios le había ordenado a Noé.

Luego del diluvio Dios establece una nueva generación, la cual al paso del tiempo, cayó nuevamente en desobediencia ante Dios. En el capítulo 11 de Génesis tenemos a una gente llena de maldad, dirigida por un hombre lleno de maldad, *la que decide hacerse una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue al cielo; y hagámonos un nombre, por si fuéremos esparcidos sobre la faz de toda la tierra”.* Nuevamente la orden de Dios es desobedecida, la voluntad de Dios fue que el hombre se multiplicara y sojuzgara la tierra, que la labrara, que la mantuviera habitable, pero el hombre en su empeño pretendía hacer lo contrario. Dios hizo juicio a aquella gente y dictó la sentencia: *“Ahora, pues, descendamos, y confundamos allí su lengua, para que ninguno entienda el habla de su compañero. Así los esparció Jehová desde allí sobre la faz de toda la tierra, y dejaron de edificar la ciudad”.* (Gn 11:7-8)

A partir de este suceso comenzó la generación siguiente. Abraham, Moisés, los profetas. Desde ese momento ha pasado mucho tiempo. Sin embargo, vemos que la humanidad continúa en su empeño por hacer lo contrario a lo establecido por Dios. Siempre en su desobediencia, acarreando juicio para si mismo, no queriendo entender los designios de Dios para sus vidas.

Por causa de Adán, al éste desobedecer a Dios allí en el huerto en Edén, entró el pecado a toda la humanidad, *y todos hemos quedado destituidos de la gloria de Dios* (Ro 3:23) Pero aquellas palabras que Jehová Dios convocó sobre la serpiente, diciéndole que de la simiente de la mujer vendría quién le pisaría la cabeza, estaban por cumplirse, pero aún no era el tiempo. Pasados los años, y estando el pueblo en desobediencia continúa ante la presencia de Dios, vino palabra de Dios al profeta Isaías

y dijo lo siguiente: *“He aquí, una virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Emanuel, que traducido es: Dios con nosotros”*. (Is 7:14) La situación estaba en que no había hombre sobre la faz de la tierra, que fuera tan justo que Dios pudiera contar con él para levantar a la raza humana caída. Así que determinó que el único que podría hacerlo era su propio hijo. De esta manera comienza la redención del pueblo, de toda la raza humana.

Jesús siendo santo, el santo y único Hijo de Dios, miró a la humanidad, y le pidió al Padre venir él mismo por nosotros. *Se humilló y se hizo igual a los hombres, dejando todo su trono de gloria, no se aferró al mismo, y fue obediente hasta la muerte, y muerte de cruz*. (Fil 2:5-8) Nacido de una mujer, y engendrado por el poder del Espíritu Santo, vivió y se confundió entre los seres humanos, haciendo toda clase de bienes, *sin embargo los suyos no le recibieron, más a todos los que le recibieron y creyeron en su nombre les dio potestad de ser hechos hijos de Dios*. (Jn 1:11-12)

Adán y Eva fueron expulsados de Edén y Dios puso cerco para que no pudieran entrar nuevamente, y puso querubines con espadas encendidas en fuego para que no pudieran acercarse y comer del árbol de la vida. Perdieron la bendición de la inmortalidad. Desde entonces la muerte viene a todos los hombres, de la muerte física no nos podemos escapar, pero de la muerte espiritual, *para eso vino Jesús, para deshacer las obras del diablo*. (1Jn. 3:8) Sólo hay una manera de escapar de esta muerte espiritual, y es *creer en el que Dios ha enviado* (Jn 6:29) Aunque Adán no pudo comer del árbol de la vida luego de su desobediencia, damos por hecho que está en el paraíso con todos los santos. Ahora bien, ¿qué sucede con aquél que está muerto, pero de muerte espiritual? Sólo le queda “una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios. (He 10:27)

Lo que pasó en Edén quedó atrás hace miles de años. Jesús vino, y murió en la cruz para restablecer nuestra comunión con el Padre. Ahora nos podemos acercar a Jehová a través del sacrificio de Jesús en el Calvario. La muerte era el castigo para el que violare la ley de Moisés. *“¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisotear al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia?”* (He 10:29)

¿Cómo podemos tener por inmunda la sangre del pacto?

“Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad para apartarse del Dios vivo”. (Heb 3:12) Cuando dejamos de creer en Jesús.

1. Los creyentes, por la incredulidad, dejan de tomar muy en serio las verdades, las amonestaciones, las advertencias, las promesas y las enseñanzas de la Palabra de Dios (Mr. 1:15; Lc 8:13; Jn 5:44, 47; 8:46)
2. Cuando las realidades del mundo llegan a ser mayores que las realidades del reino celestial de Dios, los creyentes poco a poco dejan de acercarse a Dios por medio de Cristo (Heb 4:16; 7:19,25; 11:6)
3. Mediante el engaño del pecado, se vuelven cada vez más tolerantes del pecado en su vida (1 Co 6:9-10; Ef. 5:5; Heb 3:13). Ya no aman la justicia ni odian la maldad.

4. Por la dureza del corazón (Heb 3:8, 13) y el rechazo del plan de Dios (3:10), no hacen caso de la advertencia continua y la reprensión del Espíritu Santo (Ef 4:30; 1 Ts 5:19-22).
5. Se entristece al Espíritu Santo (Ef 4:30; Heb 3:7-8), se apaga su fuego (1 Ts 5:19) y se viola su templo (1 Co 3:16), de modo que Él termina por apartarse de los antiguos creyentes (Jue 16:20; Sal 51:11; Ro 8:13; 1 Co 3:16-17; Heb 3:14).

Los que una vez tuvieron una experiencia de salvación con Cristo pero deliberada y continuamente endurecen el corazón a la voz del Espíritu (Heb 3:7-19), siguen pecando intencionalmente (Heb 10:26) y se niegan a arrepentirse y a volver a Dios pudieran llegar a un punto sin retorno donde ya no son posibles el arrepentimiento y la salvación (Heb 6:4-6; Dt. 29:18; 1 S 2:25; Pr 29:1)

De la desobediencia de Adán llegamos a la obediencia de Cristo. Si Jesús hubiese decidido no continuar con su propósito aquí en la tierra, hoy nosotros no tendríamos la bendición de la vida eterna. Ahora bien, el sacrificio ya fue hecho por Jesús en el Calvario, pero si nosotros no queremos creer ciegamente en el mismo, de nada nos vale. Sabiendo nosotros todo lo que Jesús pasó para liberarnos de la condenación eterna, y de los lazos del cazador, el diablo, si no obedecemos sus mandamientos, entonces estamos haciendo inmundos o inútil su sangre, ya que no vivimos en la santidad que él nos demanda.

La Biblia nos habla de los creyentes carnales. (1 Co 2:14-15)

La persona carnal (o el hombre natural) es la persona no regenerada. Gobernada por los simples instintos naturales (2 P 2:12). No tiene al Espíritu Santo (Ro 8:9), está bajo el dominio de Satanás (Hch 26:18) y es esclava de los deseos de la carne (Ef 2:3); pertenece al mundo, simpatiza con él (Stg 4:4) y rechaza los caminos rectos del Espíritu (1 Co 2:14). No puede entender a Dios ni sus métodos, sino que en su lugar confía en el razonamiento o las emociones humanas.

(1) El estado de los creyentes carnales

Se comportan de tal manera que ya no crecen en la gracia y actúan como recién convertidos que todavía no entienden todo lo que implica la salvación en Cristo. (1Co 3:1-2) Su carnalidad se expresa en “celos, contiendas y disensiones” (1Co 3:3). Son indiferentes y tolerantes con respecto a la inmoralidad dentro de la iglesia (1 Co 5:1-13, 6:13-20) No toman en serio la Palabra de Dios ni a su apóstol (1Co 4:18-19).

(2) El peligro de los creyentes carnales

Están en peligro de desviarse de la sincera devoción a Cristo (2 Co 11:3) y se adaptan cada vez más al mundo (2Co 6:14-18). Serán excluidos del reino de Dios (1Co 6:9-10; 11:31-32). Algunos están muertos espiritualmente (1Jn 3:15; 5:17; Ro 8:13; 1Co 5:5; 2Co 12:21; 13:5)

(3) Las advertencias a los creyentes carnales

a. Los creyentes carnales deben saber que están en peligro de apartarse de la fe sino están dispuestos a purificarse de todo lo que desagrada a Dios (Ro 6:14-16; 1Co 6:9-10 2Co 11:3; Gá 6:7-9; Stg 1:12-16).

b. Deben aprender del trágico ejemplo de los israelitas a quienes Dios destruyó debido al pecado (1Co 10:5-12).

c. Deben comprender que es imposible participar de las cosas del Señor y de las de Satanás al mismo tiempo (Mt 6:24; 1Co 10:21).

d. Deben separarse por completo del mundo (2Co 6:14-18) y purificarse de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios (2Co 7:1)

El creyente carnal es el que hace inmunda la sangre de Cristo. ¿Eres tú uno de esos? Todavía tienes la oportunidad de que haya un cambio en tu vida. Reconcíiate con Cristo, es la única solución.

Dios te bendiga

<http://www.palabradereconciliacion.com>